

--¿No miras que me matas?

La escena fué larga y penosa, llena de recriminaciones y sarcasmos, de exigencias y amenazas, hasta que Rita se echó á llorar á lágrima viva. Pero su llanto, en lugar de enternecerme, me irritó más.

— Por última vez, exclamé exaltado por la disputa. ¿Me das el brazalete?... ¿sí ó no?

--Repito que no puedo.

— Entonces, adiós, me marchó.

— No, no te vas, repuso con viveza deteniéndome por el brazo.

— ¡El brazalete!

--Por compasión.

— Es inútil... ¡el brazalete! ¡el brazalete!

Y como nada respondiese, lleno de cólera sacudí el brazo con violencia, me desprendí de su mano, y salí del aposento, precipitado y ciego.

III

Fué de fiebre aquella noche. En un momento había cambiado el mundo para mí, y mi destino había recibido un choque espantoso. Lo que tenía por más seguro, lo

que me importaba más, lo que estaba arraigado en mi corazón con más profundas raíces, eso era lo que se me escapaba, lo que perdía, lo que me abandonaba. Rita faltaba de pronto en mi vida, se me iba de entre los brazos, se me evaporaba de sobre los labios, y en lugar de su gracia y gentileza, y de la dicha que me prometía, dejaba en mi espíritu un vacío hondo y negro.

Pasé las horas lóbregas, revolcándome en el lecho como en un potro, con el cerebro enardecido, con el corazón tocando á rebato, con la sangre embravecida en sus angostos canales y martilleándome las sienes.

¿Qué significaba aquél misterio? ¿Por qué Rita prefería todo á separarse del brazalete? ¿De quién le había recibido? ¿A quién se mantenía fiel y sumisa? La joya no debía provenir de sus padres, ni de algún deudo ó amigo, porque si así fuese, no hubiera tenido embarazo en darme. Callaba, y su silencio era transparente como el agua: pregonaba muy alto que el brazalete era una prenda de amor. ¡Prenda de amor y decía ella que me que-

ría! ¡ Prenda de amor, é iba á ser mi esposa! Aquella mujer no tenía entrañas, era un monstruo. ¿Quién sería?... ¡Una aventurera quizás?.....

Todo mi ser vibraba de rabia y de dolor al hacerme tales preguntas. Me parecía imposible que hubiese seres tan depravados como ella, y maldecía la hora en que la había conocido.

Pero en medio de aquel batallar de ideas y de propósitos, se elevaba en mi corazón la pasión que había sabido inspirarme, ceñuda y trágica, pero firme é incontrastable, como la roca batida por las olas.

El mismo misterio que envolvía á la joven, y aun las deshonrosas sospechas que su conducta me sugería, hacían crecer en mi corazón el interés que ella me inspiraba y ejercían sobre mí la atracción dolorosa del drama y del abismo. No concebía separarme de ella para siempre, no podía resolverme á decirle un adiós eterno. Sin ella, me parecía que se trocaba en desierto el mundo y que el sol palidecía en el firmamento; que iban á ser agostadas todas las flores, á apagarse todos los astros y á callar todas las músicas; y que mi corazón

iba á helarse y pararse dentro de mi pecho, como péndulo de reloj descompuesto.

En la angustia de la crisis, brillaba en mi imaginación el brazalete con persistentes fulguraciones; se me figuraba hecho de llamas, de ascua encendida, de brasa repujada. Mirábale ancho, grueso, fuerte, unido en sus extremos por minúscula pero inviolable cerradura; y le adivinaba imposible de abrirse, y pegado á las carnes de su dueña por fuerza incontrastable. Aquella visión me torturaba. En vano quería desterrarla de mi fantasía; reaparecía rebelde á cada instante en las circunvoluciones de mi cerebro, como luciérnaga emboscada en las tinieblas.

Así pasé las horas de la noche, presa de aquella zozobra. Con los ojos abiertos, calenturiento y quebrantado, me hallaron los primeros rayos de luz que se filtraron por las rendijas del balcón. Y estaba ya en pie la servidumbre y comenzaba á levantarse por la ciudad el rumor de la vida, cuando triunfó el cansancio y me quedé dormido. Fué mi sueño agitado y enfermizo; durante él siguió en mi cerebro, la misma pugna de ideas y visiones que me habían ator-

mentado en la vigilia; pero todo más torpe, obscuro y confuso que durante ella, como si mi espíritu hubiese sido encadenado para ser entregado á aquellos martirios.

Cuando desperté, era ya pleo día. Sentí de pronto al ver el sol, el bienestar de quien sale de una horrible pesadilla; pero en cuanto recobré la conciencia de mi situación, hallé la realidad peor aún que mis tétricos sueños.

Levanteme con presteza, destrozado de alma y cuerpo, y salí al ambulatorio para informarme de Rita. Un criado que me esperaba de guardia frente á la puerta de mi cuarto, me entregó al verme una carta. Era de ella. Con el corazón palpitante y temblando de emoción, abrí el sobre y me enteré de su contenido. Decía así:

“Enrique adorado:

“Te pongo estas líneas en el momento de marcharme á bordo. Necesito verte para hacerte explicaciones. He pasado una noche espantosa. No me niegues este beneficio, si no quieres que me muera. Tuya por siempre.—RITA”

IV

Era una mañana radiosa. No había ni una nube, ni un vapor leve que empañasen el límpido azul del cielo. El sol, que comenzaba á ascender al cenit, llenaba el espacio de claridad deslumbrante y daba á las crestas de las olas coronamientos de vívido oro. Aun no arreciaba el calor; estaba la atmósfera tibia. De tiempo en tiempo soplaban brisas placenteras impregnadas de la frescura de la noche. Todo era tragín en el puerto y movimiento de embarcaciones en el agua, como siempre que se prepara la salida de un barco. Por donde quiera, en la bahía, mirábanse lanchas que iban del muelle al buque cargadas de pasajeros y mercancías, ó que volvían aliviadas de su peso en busca de nuevos fletes.

El panorama sonriente y lleno de vida que tenía delante de los ojos al ir bogando hacia el vapor donde Rita me aguardaba, no aliviaba empero la ansiedad de mi corazón. La carta recibida me daba alguna es-

peranza; pero me alarmaba por instinto la explicación anunciada. Presentía su gravedad, y tenía miedo al desenlace.

Al saltar á bordo, ví á Rita únicamente, como si sólo ella se encontrase en aquel sitio. Ella vino también á mi encuentro sin preocuparse por la presencia de los demás, y por acuerdo tácito, fuimos á refugiarnos al lugar más apartado.

Vestía de blanco la joven; llevaba suelta por la espalda la negra y rizada cabellera, y lucía medio velados por anchas mangas los desnudos y torneados brazos de perfección incomparable. El insomnio había amortiguado un tanto la brillantez de su mirada, quebrado ligeramente el color de sus mejillas y trazado círculos oscuros en torno de sus grandes ojos; y así quebrantada, melancólica, doliente, me pareció más hermosa, más encantadora que nunca. Con ojos delirantes la contemplé, envolviéndola en miradas llenas de pasión, y ella me veía de frente con los suyos bien abiertos y clavados en mis pupilas, como si hubiese comprendido mi deseo de absorberla por ellas, y hubiese querido volar á mi llamado.

Y temblábamos ella y yo, con convulsio-

nes idénticas, como si una misma corriente eléctrica nos sacudiese.

—No he tenido, me dijo, fuerzas para marcharme sin volver á verte. Cualquiera otra mujer hubiese dado todo por concluido después de la escena de anoche; pero no yo, que te quiero con adoración, que te quiero con toda el alma.

Al pronunciar estas palabras, asió mi diestra con la suya calenturienta, y la posó fuertemente sobre su corazón, cuyos latidos potentes y apresurados se me hicieron palpables. Sentí una inmensa ternura y todo lo olvidé un instante; pero ví en su brazo desnudo el brazaletes, y renació mi cólera.

—Todo te lo voy á explicar, prosiguió adivinando mi pensamiento. Nadie lo sabe más que tú. . . . y Dios que está en el cielo, Es una confesión terrible que me cuesta penoso esfuerzo; pero todo debes saberlo. quiero que lo sepas todo, aunque me muera, aunque me mates. Eres dueño de mí vida, de mi dicha, y todo lo pongo en tus manos.

Sentí que me ponía intensamente pálido al oirla hablar de aquel modo, presintiendo

la magnitud de la revelación; y mi corazón, después de algunos vuelcos desordenados de ave espantada, quedó postrado y desfallecido. El rostro de Rita tornóse también lívido, y su mano se heló súbitamente entre las mías.

—“Era yo muy niña, prosiguió, tenía quince años apenas, cuando vine á Méjico por primera vez. Hice el viaje en compañía de mis padres, que aun vivían por entonces, y con ocasión del casamiento de una tía, hermana de mi madre, que nos llamaba con instancia á presenciar su unión. Era mi tía una mujer de más de cuarenta años, casi una vieja, y mucho nos llamó la atención su matrimonio; pero quedamos más sorprendidos todavía, cuando conocimos á Teodoro, su esposo, joven diez años menor que ella, caballeroso y apuesto.

“Realizado el enlace, permanecimos mi familia y yo en la casa conyugal por algún tiempo, pues no era cuerdo desandar luego el camino después de un viaje tan largo.

“No quiero ni debo entrar en pormenores, por no atormentarte ni atormentarme. Teodoro y yo éramos jóvenes y constantemente nos veíamos; había entre ambos un

fluido simpático que nos atraía...obra de la fatalidad y de la desgracia... Y no sé cómo, poco á poco é insensiblemente, nos fuimos acercando el uno al otro, hasta que á la hora menos pensada nos sorprendimos amándonos y confesándonos que nos queríamos....

“Aguarda, Enrique, no te ciegues, no te precipites. Me da miedo ver la expresión de tu rostro. ... Oyeme hasta el fin.

“No te puedo ponderar los tropiezos y angustias de nuestra situación. Aunque mi inexperiencia no me permitía comprender claramente los horrores del caso, tenía de ello un vago instinto. Me sentía culpable; pero hallaba un placer punzante en mi congoja, y caminaba á ciegas, sin saber qué iba á ser de mí, ni cuál sería el término de aquellos insensatos amores. No teníamos esperanzas, no podíamos confesar que nos queríamos, nos veíamos obligados á tratarlos con fingida frialdad, y no son para narrados los sobresaltos y penas que nos causaba aquella vida de engaño y de hipocresía. No perdimos, con todo, la prudencia, y nadie, ni mi santa madre, que me cuidaba con esmero, ni mi enamorada tía, que era

de índole desconfiada y recelosa, llegaron á sospechar lo que pasaba entre nosotros.

“Quiso mi buena estrella, en medio de mis errores, que el alma de Teodoro no fuese depravada. Así me salvé de la deshonra y de la vergüenza; tengo que hacer esa justicia á aquel desgraciado. Mi extremada juventud y la ignorancia del mundo en que había sido creada, me habían llevado débil é inerme á aquella horrible crisis. Mas por mi espíritu no cruzaron pensamientos impuros; aquellos amores platónicos, aunque reprobados, me satisfacían; y no hubiera deseado otra cosa para lo futuro, que vivir eternamente sometida á aquel hondo martirio.

“No pasaba lo mismo á Teodoro, según lo he reflexionado más tarde. Mostrábase triste, arrebatado, y con frecuencia se alejaba de mí de improviso, cuando estábamos solos, diciéndome: “Te amo de tal modo, que eres sagrada para mí. Nunca te daré motivo de queja.... Antes la muerte.... mil veces la muerte....!” Pero yo no entendía el sentido de sus palabras.

“La situación se fué haciendo más difícil día por día, y Teodoro entró en tal estado

de exaltación, que me causaba espanto. Maldecía su suerte y su matrimonio, y lloraba como un niño pensando en la imposibilidad de nuestra dicha.

“Un día, en lo más agudo de la crisis, anunció mi padre su resolución de que volviésemos á la Habana. Esto fué causa de que la fiebre del joven llegase hasta el delirio. Yo también me sentí anonadada, enloquecida; pero me affigía más que nada, ver el estado de ánimo á que él había llegado.

“La noche víspera de la salida de Méjico, nos encontramos solos unos instantes. “Te vas, me dijo con rostro trastornado, y no puedo seguirte. ¿Cuándo volveremos á vernos?... No tengo derecho para reclamar de tí cosa alguna; pero como un favor supremo, como una concesión hecha á un moribundo, prométeme que has de otorgarme la merced que te pida.” Se lo ofrecí sollozando, y entonces sacó del bolsillo, donde le llevaba oculto, este brazalete. “Acéptale, prosiguió, como un recuerdo mío; déjame colocarle yo mismo en tu brazo. Tiene cerradura. Quiero torcer con mi mano la llave... Ahora, prométeme que no te apartarás de él hasta que yo le abra, y que du-

rante ese tiempo. . . . nada más que ese tiempo. . . . no serás de otro hombre.” También se lo ofrecí y hasta se lo juré hondamente conmovida. “Gracias, murmuró radiante de placer, el cielo te recompense el infinito bien que me haces.” Y cogiéndome la mano, besóla con desgarradora emoción y se alejó sollozando.

“Aquella misma noche, poco antes de la madrugada, se despertó la casa al ruido de una detonación. Las rápidas pesquisas que se hicieron por los azorados moradores de ella, dieron por resultado descubrir á Teodoro en su habitación, muerto al pie de un gran espejo, con el cráneo destrozado por una bala, y con un revólver en la mano.

“Cinco años hace de esto, y aun me parece mirarlo. . . .

“Esta es, Enrique, concluyó Rita trémula y llorosa, la explicación que te debía. Ahora márame si quieres; pero sabe que te amo más que á mi vida”.

—¿Y al otro? rugí con furor. . . .

—¡Fué deslumbramiento, juventud, inexperiencia! A los quince años, cualquiera niña puede ser víctima de un error como

ese. . . . Ten piedad de mí, no me condenes.

— Si es así, dame el brazaletes.

Vaciló la joven unos instantes.

Entretanto, había llegado la hora de zarpár. Oí sonar las cadenas del ancla al ser levada, y ví confusamente el apresuramiento y la faena de los marineros que preparaban la partida. La urgencia y el arrebató del momento acabaron de exaltarme.

—¡ El brazaletes! grité con voz ronca.

—No puedo, murmuró Rita con gesto doloroso.

—¿Amas, pues, todavía á tu cómplice? articulé vuelto loco.

—No, repuso la joven, levantando la frente.

—Dámele en tal caso, y acabemos. No tenemos tiempo que perder.

Rita se echó á llorar, y con voz entrecortada repuso:

—No quiero ser ingrata con quien me amó y dió la vida por mí. . . . No quiero. . . . no debo. . . . no puedo.

Su negativa puso el colmo á mi frenesí. Siguió luego una escena repugnante, que confusamente recuerdo. Cogí la mano de Rita, y con las mías aceradas y nerviosas, luché por arrancarle la joya.

—Has de ser mía, la dije, y este brazalete se interpone entre tú y yo. Pero te lo arrancaré aunque no quieras.....por la fuerza....

Ella no luchaba ni se defendía; me había abandonado el brazo y yo le estrujaba, sacudía y magullaba sin lástima ni miramiento.

Ya bajaban por la escala las familias y los amigos que habían ido á despedirse de los viajeros, y el silbato del vapor daba la señal de la partida.

Y, con todo, sin parar mientes en nada, ni recatarme de nadie, continuaba la inútil brega por apoderarme de la maldita joya. Ajustada al redondo brazo, no cabía por la mano, y era infructuosa mi brutalidad.

Al fin, después de algunos instantes de vejación estéril, murmuró tristemente la joven:

— Enrique, me haces daño; no puede salir el brazalete. ¿No ves que tiene cerradura?

— Pues dame la llave.... ¡dámela!

— No la tengo.

— ¡Mientes!

— No miento; *él* se la llevó al sepulcro.

Fué indescriptible el efecto que me causaron las palabras: “*¡él se la llevó al sepulcro!*” Me parecieron fatídicas. El frío del terror circuló por mis venas, é instantaneamente surgieron ante mis ojos el sepulcro, la muerte, el crimen; un mar de horror que se interpuso entre ella y yo. Me pareció que Rita no podía pertenecer á nadie más que al suicida, que era la forzada de la tumba, y que aquel brazalete era la marca de su perpetuo cautiverio.

Y sin saber lo que hacía, abandoné el brazo de la joven, gané la salida del barco, volé hacia abajo de la escala y salté en la lancha que me aguardaba para restituirme al puerto.

Ya era tiempo. En aquel momento comenzó á andar el buque, balanceándose sobre las olas.

Una voz me hizo volver el rostro hacia arriba. Era la de Rita. Asomada á la barandilla, con la faz inundada de lágrimas, me llamaba por mi nombre.

— ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Adiós, amor mío! me dijo.

Y se llevó ambas manos á la boca repetidas veces, y las dirigió después hacia mí, enviándome tiernos ósculos.

Y yo, estático, aturdido, sin conciencia de mí mismo, la ví alejarse con ojos glaciales, como se ven huir los años, la juventud, la vida; como se ve partir y desvanecerse en lontananza todo cuanto nos hace felices sobre la tierra.



LA SUERTE DEL BUENO.
